

FLECHAS Y PELAYOS

30 cts.

ADMINISTRACIÓN:
CARRETAS, 10
TELÉFONO 2-47-30

31 DE ENERO DE 1943
AÑO VI
NÚM. 217

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN:
AVENIDA DE JOSÉ ANTONIO, 49-3.º — MADRID
TELÉF. 24367 -- APARTADO 213



Curiosidades

por Santy



Entre los hombres de ciencia existe la discrepancia de si es más fatigoso el subir una cuesta que el bajarla. Diremos como el baturro: «Pa las cuestas arriba quiero mi burro, que las cuestas abajo, yo me las subo».



El champán contiene una cuarta parte menos de alcohol, que el vino de Jerez, el de Oporto y el de Madera.



Hubo en Londres una compañía que obtuvo el monopolio de alquilar sombrillas y quitasoles por cinco céntimos, a las personas que tenían que pasar el Puente Nuevo cuando hacía sol.

La dentadura imperfecta es un seguro signo de civilización. Entre los salvajes se encuentran por lo general, dentaduras perfectas.



En una exposición de relojes celebrada en Ginebra (patria del reloj), se ha presentado un curioso despertador. Se trata de un diminuto reloj, que puede llevarse como dije, con un dispositivo que hace sonar un timbre cuando llega la hora marcada.



DIBUJO INFANTIL



Para dibujar el niño jugando con el balón, sigue las normas que te venimos dando en esta página. Hoy te presentamos otro procedimiento de dibujo. Consiste en envolver la figura del animal en un polígono del menor número de lados posible. Este polígono se llama *caja*. Dibuja primero el polígono y ya te será fácil meter en él las líneas que forman la silueta del animal. En las figuras punteadas A, realizarás estos trabajos.

Religión



Un cheque en blanco

Nuestro Señor Jesucristo, en el que están los infinitos tesoros de Dios, dispone de ellos según su beneplácito, y nos autoriza para que nos sirvamos de sus inagotables riquezas. Extendió un cheque en blanco para que cualquiera escriba en él las cantidades que desee, por astronómicas que parezcan. Nada negará el Padre cele-

tial al que le presente este documento, que lleva estampada la firma de su Hijo y la rúbrica de la sangre redentora y el sello de la Cruz. «Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, se os concederá».

«Todo»; en esta palabra caben los deseos de cualquier orden. No sólo los bienes espirituales, sino también los materiales; no sólo los indispensables, sino los convenientes, los agradables.... «todo»; para el alma y para el cuerpo, para el individuo y para el mundo, para el tiempo y la eternidad; «todo lo que pidiereis». La frase no tiene más limitaciones que los tesoros de....

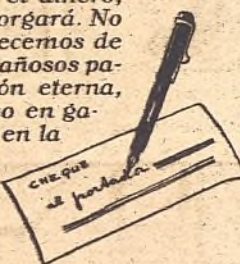
¿De quién? Miremos la firma del cheque. Dice así: «en mi nombre» o sea, «en nombre de Jesús». El nombre de Jesús significa «Salvador». Por lo tanto pediremos aquellos bienes que conduzcan a nuestra salvación. Si nos conviene la salud, el dinero, la fama, nos los otorgará. No lo dudemos. Si carecemos de esos bienes y son dañosos para nuestra alvación eterna, no perdamos tiempo en garapatear súplicas en la blancura del cheque. Jesús, que es nuestro Salvador, no lo puede avalar con su nombre.



Quizá vengan esos bienes de niños, pero el donante usuro será entonces el diablo, que, a cambio de unas raderías, exigirá después el alma y la felicidad eterna del que los poseyó por el breve tiempo de la vida.

Pide, hijo mío, pide al Padre celestial «todo», todo lo que necesites y desees. Pero, fíjate bien, has de pedirselo «en nombre de Jesús». Y «en nombre de Jesús» no se puede impletrar nada malo ni para ti ni para los demás. Sería inútil, porque no te escucharía. Sería blasfematorio, porque querías hacerle cómplice del mal.

V. Franco, C. M.



NANA

El niño duerme... entre sus ojos
yacentes estrellas desnudas...

—filtros ágiles del sueño—

el niño duerme un alba muda.

Duerme el niño...

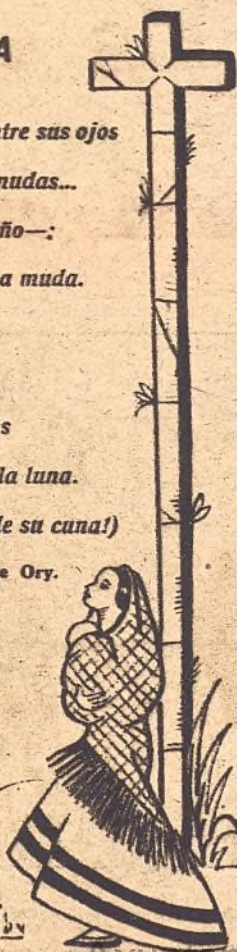
Igual que una uva,

le van pisando los ojos

los pies de azogue de la luna.

(¡Blanco lagar de su cuna!)

Carlos E. de Ory.



Bibi

GRANDES HOMBRES



Gay-Lussac

José Luis Gay-Lussac nació en Sain-Leonard (Francia) el 6 de diciembre de 1778 y murió en París el 9 de mayo de 1850. Atraído por el estudio de la química y la física se dedicó con gran entusiasmo a estas ciencias logrando destacarse y recoger el fruto de su labor desde muy joven. Fué un trabajador infatigable y sus explicaciones atraían en la Escuela Politécnica de París a numerosísimos alumnos. El realizó por primera vez un trabajo donde se estudiaba la combinación de los gases. El hizo descubrimientos trascendentales, como el del boro, el cianógeno y el ácido prúsico. Fué un audaz experimentador que realizaba curiosas investigaciones en el campo de las

ciencias. Un día, en uno de sus ensayos en su laboratorio, ocurrió una explosión que al punto estuvo de acabar con la vida del ilustre hombre de ciencias. Por verdadero milagro no quedó ciego. No obstante, en cuanto se hubo repuesto, volvió a su trabajo con el mismo entusiasmo de siempre. Otro día, queriendo saber si la aguja imantada experimentaba alguna variación en las alturas, subió en globo, logrando observaciones muy curiosas. Más tarde, efectuó una segunda ascensión elevándose a más de 7.000 metros, empresa arriesgadísima entonces, dado el poco adelanto de la aeronáutica. A los 6.000 metros recogió aire, con gran riesgo de su vida, a fin de analizarlo. La mayoría de los instrumentos que empleaba Gay-Lussac, fueron contruidos o perfeccionados por él mismo. A pesar de su modestia, fué honrado con muchos cargos y honores.

Gonzalo Fernández de Córdoba "EL GRAN CAPITAN"

Por GONZALO MORIS MARRODAN.



El rey, avergonzado, disolvió la reunión. Y habiendo muerto repentinamente el Archiduque Felipe el Hermoso, llamado de nuevo a regir Castilla, Fernando regresó a España, confirmando al Gran Capitán en su promesa del Maestrazgo de Santiago y ordenándole regresar tras él.



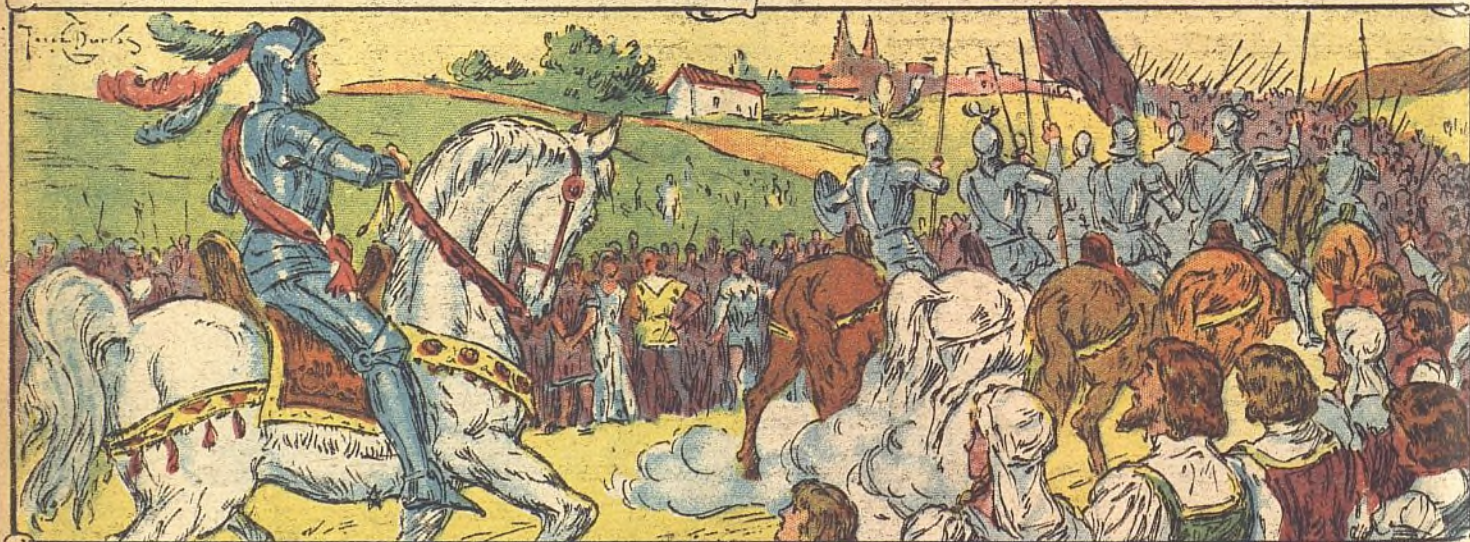
Reunió Gonzalo a sus acreedores, les pagó; obligó a los suyos a hacer lo mismo y, en medio del sentimiento de la ciudad que le despedía desde balcones, azoteas y puerto, abandonó, para siempre la tierra de sus heroicas hazañas.



Nuevamente se encontraron en Génova monarca y súbdito: Gonzalo acompañó al rey en la entrevista que tuvo con el francés que, oyendo sus hazañas de sus propios labios, invitó a comer y desprendiendo de su cuello la gruesa cadena de oro que llevaba supo hacer honor a aquel valiente enemigo, regalándosela en memoria de sus triunfos.



Gonzalo de Córdoba desembarcó en Valencia y tomó el camino de Burgos, donde estaba la Corte. Seguíanle oficiales españoles, italianos; soldados, parientes, amigos. Caminaba su ejército vestido de púrpura, seda, pieles, joyas, vistosos penachos en las celadas...

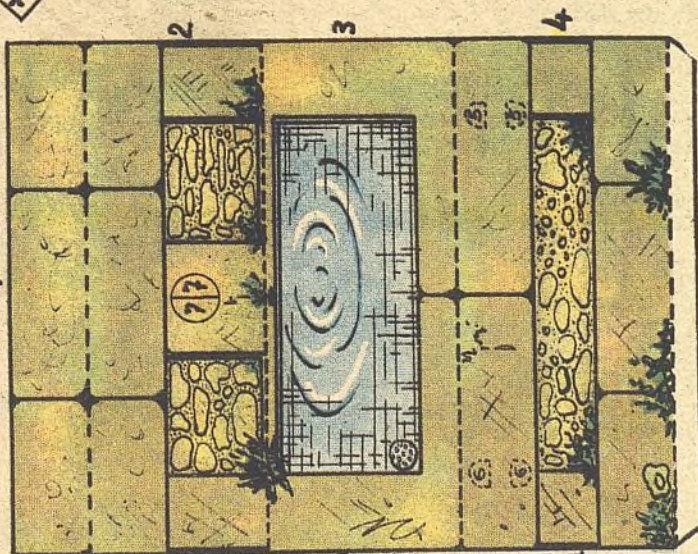
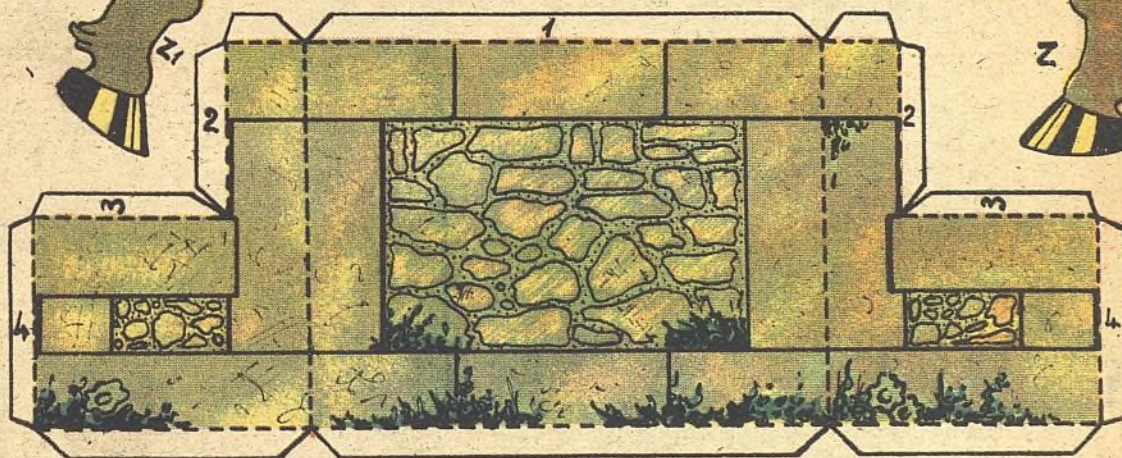
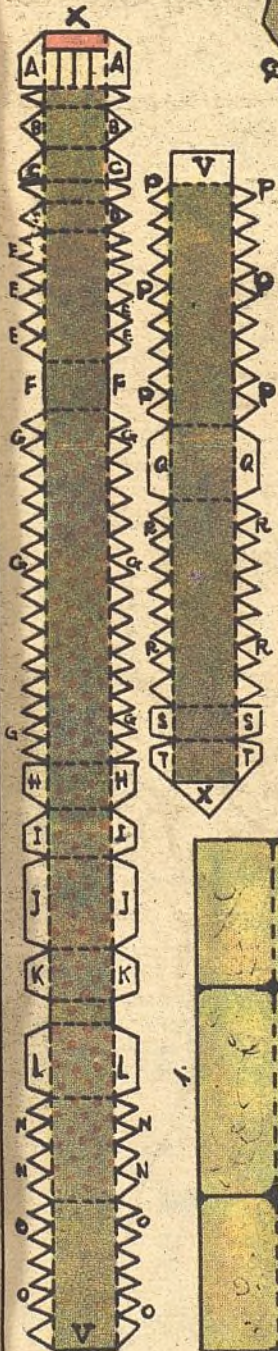


El pueblo, deslumbrado con tanto esplendor, acudía a los caminos; invadía las posadas; rivalizaba en alojar al bizarro cortejo. El 24 de mayo de 1508 entraron triunfalmente en Burgos. Toda la Corte, por orden real, salió a recibirle. Delante desfilaron las tropas y sus jefes; los trenes artilleros; la caballería pesada y ligera. Gonzalo iba el último, solo, caballero en blanca yegua, cubierto de todas sus galas. Tenía 54 años. Estaba en el apogeo de su gloria.

El Jaco de Poncho Villa



Modelo



Con esta plana recortable podréis construir, hoy, un jaco y una fuente.

Para ello basta que pegueis con mucho cuidado la plana a una cartulina o papel fuerte, procurando que no queden arrugas y una vez hecho esto y cuando haya quedado el trabajo bien seco, proceder a recortar las partes de la construcción, doblando las líneas marcadas con rayas en el sentido que convenga.

Se engoman los bordes y se procura que coincidan con sus letras o sitios correspondientes.

La crin y la cola se puede hacer con lana negra o de color que haga juego con el jaco, y el ronزال con hilo corriente.



PEGAR

Ayuntamiento de Madrid

Handwritten signature: Kolday

EL CUARTO MANDAMIENTO

Novela infantil por JUAN DE DIEGO.



(Continuación).

—¡Me las pagarás!—dice el «Bocazas» vengativo.

Pero cuando se dispone a levantarse furioso, se destaca un hombre del grupo de gente que les rodea y cogiéndole por las solapas le recrimina su conducta. La niña coge una mano de Juan Luis, que espera en guardia, y tira de él. Y ya no pronuncian ni una palabra.

Así llegan al gran recinto de la Estación del Norte, donde un enjambre de personas pugna por trasponer las puertas de acceso a los andenes. Un sin fin de banderas patrias adornan todas las naves. Suenan gritos de guerra y flota en el ambiente un algo que enardece.

Los niños, merced a su insignificancia, logran pasar fácilmente. Arrastrados por la masa se encaminan al único tren que está formado. Es un transporte militar. El número de vagones no tiene cuenta. La vista se pierde sin encontrar nunca la máquina. Los coches rebozan de boinas rojas y camisas azules. Son los gloriosos divisionarios.

En el andén reina la confusión y el nerviosismo. Los niños corren por entre el gentío a todo lo largo del tren. De pronto una voz les llama a sus espaldas:

—¡Marisa! ¡Juan Luis!

Y al volverse se encuentran a un voluntario con los brazos abiertos.

—¡Jaime!—exclaman los niños llenos de alegría.

Y llorando de emoción le abrazan. Jaime es el hermano de Marisa. Tiene veintidós años, pero en su forma de ser aparenta muchos menos. Es tan niño como Marisa o como Juan Luis, a los que quiere entrañablemente. Siempre ha sido alegre y optimista. Cuando terminó la guerra de liberación se colocó en una oficina particular. Pero su mente infantil, audaz y soñadora, le hace creer que muy pronto será un gran personaje. Su ilusión es Marisa, de la que aspira a hacer una artista de talla.

—Cuando vuelva de Rusia y sea todo un personaje—dice ahora a la niña, mientras ella derrama lágrimas abrazada a su cuello—te prometo que compraré un teatro para que puedas trabajar. Y entonces verás el asombro de las gentes cuando vean en la primera plana de todos los periódicos tu fotografía.... ¡Esta es Marisa, la mejor artista del mundo! ¡La pequeña estrella que deslumbra al mismo sol! Y la gente te dejará paso en las calles y te señalarán con el dedo. Y tú irás de mi mano y a todo el que te pregunte le dirás: Este es mi hermano Jaime, el que me ha hecho artista.... Bueno, esto último aunque no lo digas no pasa nada, porque a la gente, ¿qué le importa? Ya, ya verás qué de cosas vamos a hacer cuando vuelva.

De repente fija la vista en Juan Luis y se calla. Suavemente deja a Marisa en el suelo y dice al niño, acariciándole la cabeza:

—¿Y contigo, qué haremos? Ni te gusta trabajar en el teatro, ni dar clase de baile.... Pero no te preocupes; también haré contigo grandes cosas, deja que vuelva de Rusia y verás....

Y así continuó hablando sobre lo que hará y deshará cuando regrese.

Jaime es muy locuaz. El hablar constituye su único vicio y sin él no podría vivir.

(Continuad).



Espejo de JUVENTUDES

¡Pues entonces no subimos!

Ocurrió el hecho en una avanzadilla del frente de Guadalajara, posición defendida por una sección y una escuadra del Regimiento de Infantería de Aragón, número 17. Ya hacía tiempo que por allí no daba el enemigo señales de vida; pero una mañana los defensores de la posición se vieron sorprendidos por un cañonazo precursor del ataque rojo.



Presas las armas y tensos los ánimos, el oficial que mandaba la posición se dio pronto cuenta de que los rojos, apro-

vechando la oscuridad de la pasada noche, habían hecho un movimiento envolvente, cercando casi por completo la avanzadilla.

El ataque fué violentísimo. Nuestros soldados se batían como leones y defendían tenazmente la posición, a pesar de la lluvia de hierro y metralla que les acosaba por todas partes, causando sensibles bajas.

La situación era crítica. Aumentaban las bajas y escaseaban las municiones. Refuerzos no había que esperar, pues que el resto de la compañía estaba defendiendo posiciones de igual peligro. Tal vez hubiese sido una solución hacer una salida desesperada para tratar de romper el cerco; pero eso equivalía a dejar abandonados a los camaradas que vacían en el suelo heridos y maltrechos. Optaron por luchar hasta morir y decidieron encomendarse a Dios, confiando en su ayuda.

Y a fe que no tardó el Todopoderoso en ayudar a aquellos valientes! Sucedió que el oficial ordenó a sus hombres que le colocaran dos cajas de granadas de mano a su lado; y subiéndose encima del parapeto, con una

bravura sin igual, comenzó a lanzar bombas contra el enemigo. Cundió el ejemplo y varios soldados imitaron a su jefe: los rojos arrojaron en el ataque, pero las balas respetaban a nuestros bravos.

De pronto, uno de los rojos que estaba más cerca, gritó asombrado ante tanto valor:

—¡Pacciosos, pero vosotros ¿qué sois?

—¡Aragoneses!—respondió el oficial sin dejar de lanzar granadas;—¡y subir, que aquí es esperamos!

—¿Sois maños?... ¡Pues entonces no subimos!

Y cesaron los tiros y se acabó el combate.



★ REPORTAJES INFANTILES AL MINUTO ★

Juanito, el genial inventor

—¿«Usted» es Don Telescopio?

—Para servirle, señora.

—¿El de flechas y pelatos?

—El mismo que apunta al infinito.

—¿Quiere «usted» conocer a un inventor?

—¿Cómo?

—¡Un inventor, si señor!

—Pero ¿quedan inventores por el mundo?

Y animado por la promesa de la buena señora, me dispuse a recorrer con ella la incommensurable distancia de cinco pisos, aparte del bajo, entresuelo y principal. Mi corazón latía tres veces la normal, la del esfuerzo, y la de la dicha de brindar algo interesante a nuestros lectores.

Mi primera sorpresa aguardábame al cabo de los doscientos cuarenta y ocho escalones y medio: un rótulo, sobre la mirilla de la puerta de entrada al «piso», que rezaba así en letra inglesa legítima: Juanito Caralámpio, inventor por Casualidad.

Giró mi acompañante la llave con sigilo. Giró la puerta como suele suceder en tales casos, y comencé a caminar a oscuras, precedido de la buena señora, por un largo pasillo, a cuyo final me di un fuerte golpe en las narices.

—¡Hemos llegado... ¡Juanito!

—¡Vaaa...! contestó una voz algo aflautada, pero encantadora. Transcurrieron unos instantes, y... ¿Pero cómo expresar esta segunda sorpresa? Porque ante nosotros hallábase el genio—¡un morabete de catorce, poniéndose años! quien adelantándose a mi saludo dijo:

—¿Periodista?

—Aficionado.

—¡Ya verá! ¡ya verá!—exclamó la buena señora.

—¡Calla mamá! Y dirigiéndose a mí:

—¿De qué periódico?

—De flechas y pelatos ¡nada menos!

—En honor de esa gran revista, estoy dispuesto a satisfacer su curiosidad. Esto no lo hago con todo el mundo; el deseo unánime de la prensa hacia mi persona...

—¿Es posible?—le interrumpí disgustado.

—¿Cómo lo oye! En fin, el mundo está lleno de ingratitudes... ¿Qué desea de mí?

Le dije como pude que vosotros, queridos lectores, pasaríais un rato delicioso conociendo alguna de sus principales invenciones.

—¡Ya verá! ¡ya verá! volvió a exclamar orgulloso la buena señora.

—¡No haga caso! ¡Mamá exagera siempre!

—¿Conoce usted diversión más negra que la del cine? ¿No le ha ocurrido ir a un quigo en un local de proyecciones, y tener que aguardar para verle a que termine la película? Pues mi invención consiste en la sala cinematográfica luminosa.

—¡Magnífico!—grité.

—¿Sabe usted algo más ridículo que un tranvía al final del trayecto? ¿No es absurdo que el hombre, inventor de la marcha atrás en el automóvil, no resuelva la difícil situación del tranviario, que ha de apearse como un viajero más, para cambiar de dirección? El «trolley» automático interno vuelve sin perrito.

—¡Barbaro!—rugí.

—¡Y el automóvil no está perfeccionado! ¿Concibe algo más espantoso que una tachuela, al horadar el neumático que nos llevaba sin pérdida de tiempo? La cámara aérea antipanzante resuelve el problema.

—¡Monstruos! y agregué desmelenado:

—Pero antes de seguir adelante, quisiera saber en qué consisten esos inventos, destinados sin duda a armar el alboroto.

Tercera de mis sorpresas. Porque entonces el genio, me espetó la siguiente frasecita, digna de perpetuarse en mármoles y en bronce:

—¡Eso los técnicos! ¡Yo invento la idea! ¿O voy a ponerlo yo todo?

—¿Ha visto «usted»? Pues esto no es nada ¡ya verá! ¡ya verá!—apuntó la buena señora en el paroxismo del orgullo.

—¡Basta! repliqué no menos exaltado. Y mirando a la puerta, añadí con ira:—¡A mí no se me toma el pelo!

—¿Has visto hijo? ¡Todos igual! ¡No te comprenden!

—¡Un momento!—masculló el fenómeno. Si se queda no le pesará; precisamente estaba inventando un nuevo sistema de betún para los zapatos...

—¿Igual... que los anteriores?

—¡No sea incrédulo! Voy a demostrarle que, del pensamiento a la práctica, media un solo paso.

Y tomando una botella que entre otros útiles de su profesión se encontraba en una mesa próxima, la llenó del contenido de varios frascos. Después nos trasladamos a la cocina, y añadió una buena dosis de hollín a la mezcla. Al tiempo de aplicarla al fuego gritó la buena señora:

—¿Pero qué vas a hacer, hijo mío?

—La primera prueba del betún «ZAS!» inalterable, que acabará con los limpiabotas.

El «ZAS!» fué el estallido imponente de la botella, que ha enfundado en algodón estas Navidades, a vuestro incondicional,

Don Telescopio



Ayuntamiento de Madrid

ATENCIÓN, ATENCIÓN!!!...AQUÍ, ATAPUN CHINCHON



—Si—dijo Pimpeturi—deben ser los lobos que se llevan alguno de nuestros renos. —No, es tu padre que vuelve—dijo Pimpedora; debe haber cuatro años que marchó, pero le oigo rugir como una bestia salvaje; debe tener prisa de volver a casa. En este momento apareció Lindagull en forma de tigre con la Princesa Lindagull a la que dejó debajo de la tienda. Al mismo tiempo volviendo a su primera forma dijo: —Eh, mujer! ¿Qué me vas a dar de comer? vengo de lejos. Pimpedora

casí se había caído en la lumbr del susto, pero al reconocer a su marido le prometió una buena cena si le contaba en dónde había estado durante esos cuatro años y qué significaba la muñeca que había traído. «Eso es una historia muy larga—contestó el hombre. Cuida a la hermosa muñeca y dale leche de reno bien caliente para volverla a la vida. Es una joven de gran alcurnia que nos traerá la felicidad». La princesa no estaba muerta ni siquiera herida; estaba solamente desmayada de

ESCENAS de BESTIAPOLIS



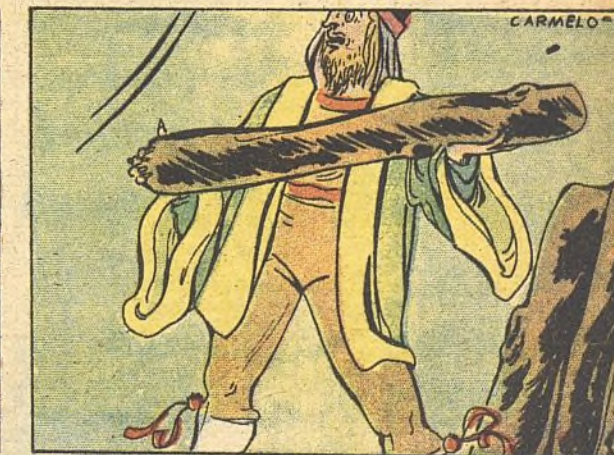
EL GANGSTER PATO'SHO



miedo. Cuando volvió en sí y se vestió con un rico traje de gasa de plata y perlas echada sobre un vel de reno, bajo una tienda en Lapponia, creyó estar en el reino de los muertos, bajo tierra y se puso a llorar. Era de noche y hacía frío y entras el fuego alumbraba el estrecho recinto la mujer lapona le iba beber leche caliente. El brujo entretanto maduraba sus proyectos. «No llores, hermosa princesa—le decía—no estás muerta, has sido ruda por un tigre feroz y mi hijo,



el valiente caballero Morus Pandorus te ha salvado la vida Seremos tus esclavos hasta que podamos conducirte de nuevo a Persia.» «¿Qué mentiras le estás contando, hombre?»—dijo la honrada mujer al brujo en su idioma. Este se apresuró a decir a la princesa: «Mi mujer dice que si quieres casarte con mi hijo, el valiente y bello Morus Pandorus, te llevaremos a Persia en seguida». Pimpeturi no entendía el persa pero abrió unos ojos muy grandes cuando su padre le empujó hacia la prin-



cesa obligándole a saludarla. Lindagull no hubiera sido princesa e hija del orgulloso Shah si no se hubiese sentido ofendida de tanta desvergüenza y miró al brujo y a su hijo con unos ojos que echaban chispas tanto que sólo las mujeres persas pueden mirar así, por lo que el padre y el hijo quedaron muy asustados de sus miradas. —No hay nada que hacer—pesó el brujo—será preciso domarla primero. Y se puso a levantar un tabique de madera. (Continuará).

Vida de los INSECTOS

por GLORIA FUERTES

El terrible carabú, ogro del campo

(Continuación)

Este bicho—insecto mejor dicho—coleóptero de la familia de los carábidos, tribu de los carabinos, es la «carabina», con bandolero, (el bandolero es él) puesto que de pillaje son sus cos-



tumbres, y su hembra la «caraba» es «la caraba».

La forma de su boca es la mar de célebre, y las mandíbulas no las tiene dentadas, el labio, escotado (como su blusa), muestra un solo dienteillo puntigudo (para qué más); la tercera parte de sus antenas es cilindróidea, y



todo él está puesto sobre tres pares de patas, tiene dos alas, que a la mayoría de ellos no les sirven mas que para llevarlas encima y debajo de sus élitros; su vientre es ovalado.

La superficie de estos coleópteros es levemente granulosa o casi lisa o finalmente estriada; suelen ser oscuros, sobre todo las hembras (como



sus intenciones). Bajo el sol adquieren un precioso brillo metálico.

No sólo viven en los campos y en las huertas, si no también en los bosques (más



o menos encantados); algunos, aficionados a las flores, montan su hogar bajo las piedras yhojarascas de los jardines.

No creer que sólo comen orugas tiernas, no; también les gustan bastante otros muchos insectos, caracoles, babosas, gusanos de luz y de seda, etc.

Estos cazadores ejercen su profesión casi siempre de noche, cuando la luz de la luna no es bastante para descubrir sus fechorías.



Y hay otras especies de carabos menos conocidas, en las que estos insectos tienen otro color más alegre.

Los hay de color menta, otros de color barquillo, rojizos, bronceados o de un bello tono azul oscuro; algunos, por sus bordes, tienen un fino color purpúreo-violáceo, y adornan maravillosamente el trozo de tierra donde se posan.

El carabús auratus

Y quiero contaros otra cosa curiosa entre las curiosas y es que todas las madres de los insectos del campo, cuando estos son pequeñines, como vosotros, en vez de darles azotes flojos o dejarles sin postre, los castigan asustándoles con este «bicho» negrito «carabús auratus», del cual os estoy contando algunas costumbres.



Alguno de nosotros, cuando

éramos más pequeños, temíamos al célebre «Bú». ¡Que viene el «Bú!» nos decían nuestros padres o ma-

Ayuntamiento de Madrid



yores y dejábamos de ser traviesos, temerosos de contemplar el hocico del nunca visto «Bú».

E igualmente las madres de los insectos del campo dicen a sus hijitos: —Sed buenos, que viene el «carabús». El «carabús» os comerá crudos si sois desobedientes. Y saltamontecitos, chicharillas, cigarrillos, grillines y todos los «coleopterocitos» del campo, volvían a la formalidad y eran buenos porque temían al «carabús», o «carabús» o «cárabó».

Y son buenos cazadores como digo; oruga que ven, oruga que cazan; pero tienen un defecto, que no son trepadores; ágiles en el suelo y torpes en la altura.



¡Si este insecto trepara! Si lograra hacer excursiones por matas o plantitas, ¡con qué prontitud coles y plantas quedarían limpias de la miseria de sus orugas y de otros animalitos dañinos!

Esto es lo único bueno que hacen en la vida.

Medio batallón de carabús limpiarían con rapidez, si trepasen, los insectos que en la gran huerta se comen nuestras verduras.

Pero «siempre ocurre que por uno u otro motivo lo mejor carece de algo». ¡Oh, qué buena frase del gran Fabre, profesor naturalista y además persona lista!

Hoy veo al carabús que contempla impotente al fresco caracol, que mordi-quea y rompe las hojas de las hortalizas. El carabús auratus no puede atacar al caracol, pues veloz en cuanto éste le ve, se parapeta en su concha y comienza a hacer espuma, que causa asco al voraz y fracasado cazador.

(Continuación)

LA AMBICION

de CHIN-CHA-TE

UN CUENTO CHINO
POR ESTEBITA.



BAJO CONSISTIA EN PINTAR LAS DELICADAS PORCELANAS. SE CREIA UN GRAN ARTISTA Y DESPRECIANDO A SUS COMPAÑEROS DE TRABAJO, ASEGURABA QUE EL ERA EL MEJOR DE TODOS.



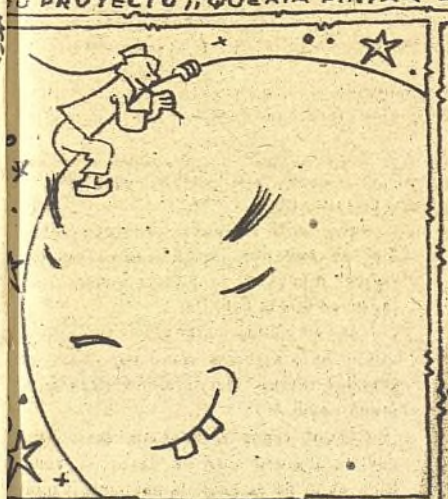
CHIN-CHA-TE ERA UN CHINO DE LO MAS CHINO QUE DARSE PUEDA Y OSTENTABA UNA COLETA QUE MAS QUE COLETA ERA UNA COLAZA. TRABAJABA EN UNA FÁBRICA DE PLATOS, Y SUTRA-



UN DIA REUNIÓ A TODOS Y LES COMUNICÓ SU GRAN PROYECTO. ANTE EL ASOMBRO DE TODOS PROCLAMÓ SU PROYECTO: "QUERIA PINTAR LA



LUNA!! UN OYENTE LE GRITÓ QUE A EL NO LE ENGAÑABA COMO A UN CHINO... POR FIN QUE-

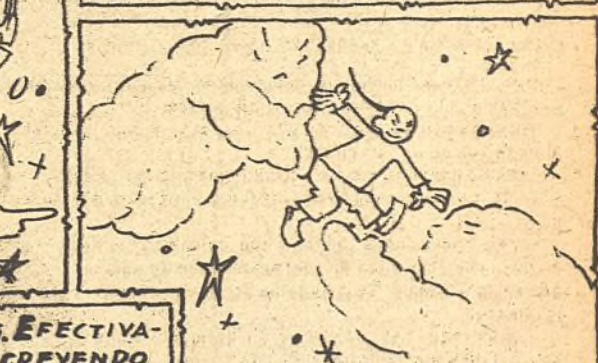


UNA VEZ QUE LLEGÓ A LA LUNA, PUSOSE A PINTARLA, PERO DE PRONTO NOTÓ QUE LA LU-



NA HACIA GUÍÑOS. EFECTIVAMENTE, LA LUNA, CREYENDO QUE LO QUE LA MOLESTABA ERA UN MOSQUITO DIÓ UN RESOPLIDO Y CHIN-CHA-TE SALIÓ DISPARADO HACIA LA TIERRA.

DO' ACORDADO EL DIA DE REALIZAR CHIN-CHA-TE SU PROPOSITO Y LO LLEVÓ A CABO FELIZMENTE.



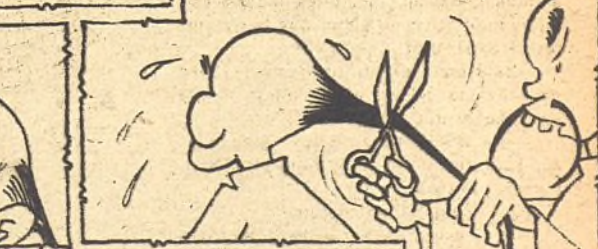
LAS NUBES SE COMPADECIERON DE EL Y DE LOS BRAZOS DE UNA A LOS DE OTRA, LLEGO



A LA TIERRA SIN MAS DAÑO QUE UN CHICHON.



CUANDO VOLVIÓ AL TALLER EL DUEÑO LE DIJO QUE NO TENIA QUE HACER MAS DIABLURAS....



Y CHIN-CHA-TE PARA NO HACER MAS "FAENAS" SE CORTÓ LA COLETA...

TELA AZUL



—¿Tú sabes coser, Mari-Pepa?—me preguntó un día mi hermano José Antonio.

Dudé un momento antes de contestar.

—Coser..... bueno, sé hacer dobladillo, vainica y costura sobrecargada.

—Quieres decir que sabes dejar unida una tela con otra; ¿no es eso?

—Creo que sí.

—Pues me basta. Ahora te explicaré de lo que se trata. En el colegio hemos formado dos equipos de fútbol y, claro, para no armarnos un lío al hacer los pases, tenemos que ponernos camisetas de distintos colores. A mi equipo le ha tocado blanca con rayas azules.....

—¿Y tú quieres que yo te haga una camiseta?

—No; sólo quiero que me arregles una blanca que tengo. A mí me parece que eso es fácil..... Se coge una tela azul, se cortan unas tiras y se van pegando encima de la camiseta, dejando una separación..... ¿no te parece?

—Sí, la cosa no tiene mucho *intrínquis*; con un dobladillo al borde.....

—Lo mismo da; ¡como si quieres ponerle una vainica!.....

—¡Ja, ja, ja! Pues estarías bonito con vainicas! ¡Vaya un futbolista!

—Bueno, esas son cosas de chicas y yo no entiendo—dijo José Antonio un poco molesto. Lo principal es que las rayas queden bien derechas.

—¿Y la tela azul?—pregunté.

—Es verdad—murmuró José Antonio—no había pensado en ello. Necesitamos una tela azul.....

Durante unos minutos permanecimos callados y cavilosos.

Al fin mi hermano se atrevió a proponer:

—Tal vez de los cortinones de la sala.....

—No, no; mamá se enfadaría mucho. Además son de terciopelo y no le va a una prenda de esa clase—rechacé yo.

—¡Qué más da!—replicó José Antonio. Lo principal es el color, para que se vea de lejos. Ahora, que si tú crees que mamá se va a enfadar.....

—Naturalmente..... Me estaba acordando de una falda que tenía tía Concha el año pasado. Ya no se la pone. Podíamos pedirle.

—Vemos.

Pero tía Concha, sintiéndolo mucho, no pudo complacernos. La falda azul había sido teñida de negro y reformada.

Mientras hablábamos con ella, José Antonio no le quitaba ojo a la colcha de la cama.

—Fíjate qué tono más estupendo—me dijo por lo bajo.

Le lancé una mirada de reprobación y, ya fuera del dormitorio, dije:

—¿No comprendes que con una colcha de damasco quedaría horrible tu camiseta? Esos ramajes brillantes y mates, se dan de cachetes con el punto blanco.

—¡Bah, bah, bah!—protestó mi hermano. Esos son detalles sin importancia. ¿Tú crees que cuando el delantero centro me pase, yo *drible* al defensa contrario, *chute* con fuerza y meto el balón en la red, nadie se va a fijar en si mis rayas son de seda o de terciopelo? ¡Quita, te aseguro que a todos los de mi colegio les importa eso un pepino! Ya te he dicho que lo que interesa es el color.

—Está bien—asentí mansamente. Pero no podemos dejarle a tía Concha con la cama hecha una birria.

—¿Birria? Te aseguro que ni se notaría. Con cortar un borde todo alrededor, como es tan grande.....

Tuve que ponerme enérgica.

—Si te empeñas hazlo. Pero no cuentes conmigo para la costura. Me parece una tontería estropear una colcha tan

bouita, para que tú vayas hecho un mamarracho.

—Vaya, no te enfades—suplicó José Antonio, ante el miedo de perder la costurera de la que tenía tanta falta. Pero, ya que todo lo que te propongo te parece mal, ¿por qué no me das tú misma alguna idea?

—¿Una idea?..... Sí, déjame sola media hora y yo tendré la tela azul necesaria.

—¿Prometido?

—Prometido. Palabra de..... Mari-Pepa.

Empecé a dar vueltas por la casa.

No encontraba nada apropiado. Una habitación, otra..... Al fin la cocina.

¡Oh, qué precioso delantal de drill azul tenía puesto Rufa la cocinera!

Me acerqué a ella cafiñosamente.

—¡Hola, Rufa! ¿Qué tenemos para cenar?

—Cosas que a ti te gustan, golosona—dijo sonriendo.

—¿Sabes que ese delantal te va muy bien? Oye, Rufa; supongo que esa tela será muy lavable.....

—¡Vaya—respondió sorprendida—creí que te interesaría más lo que hay dentro de los pucheros que mi indumentaria! Sí, sí que es muy lavable.....

—Oye, Rufa—añadí confidencialmente—¿te gustaría que te trajese una de esas novelas que tiene la abuelita en su cuarto y que a ti te gustan leer?

—¿De esas que acaban mal y se llora mucho?—me preguntó entusiasmada. ¡Ya lo creo! Yo misma no me atrevería a ir por ella, pero si tú lo haces..... Precisamente ahora tengo un ratito libre.

Poco tardé en poner en sus manos uno de aquellos libros que hacían derramar a nuestra sensible cocinera más lágrimas que la cebolla.

Tan embebida estaba en su lectura, que ni notó siquiera cómo yo, con unas grandes tijeras, iba cortando tiras de su mandil azul.

Cuando Juana la doncella entró para decirle que era hora de sacar la cena, Rufa salió de su ensimiamiento y quedó muda de espanto; de su cuello colgaba un cuadrado de tela, con dos largas cintas en los extremos.

—¡Esto es cosa de brujería!—exclamaba sin cesar.

—Lo que yo creo—dijo Juana al ver la novela sobre la mesa—es que con esas sandeces que lees, estás perdiendo la cabeza.

—¡Perder la cabeza..... bueno!—se lamentaba Rufa—pero ¡mira que perder el delantal! Eso no le había ocurrido todavía a nadie.....

Mari-Pepa



El paso del Maestro

En aquel tiempo Jesús, acompañado de Pedro, iba caminando por las orillas del lago Tiberiades. Cerca del lago había una aldea de pescadores y pequeñas cabañas; estaban diseminadas a lo largo del camino que conducía a Jerusalén. En la arena estaban secándose las redes, mientras las mujeres zurcían las grandes velas y las barcas inmóviles tumbadas en el suelo parecían monstruos mari-

el moisés de juncos donde lloraba el huerfanito, cogió el cántaro y se fué con el viejecito.

Y Pedro dijo:

—Hay que mostrarse caritativo, Maestro, pero esta mujer no es razonable abandonando así su hijo y su casa, por el primero que pasa. Sin duda que cualquiera

que pasase habría ayudado a ese hombre a llevar la cántara de leche.

Pero Jesús le respondió:

—En verdad te digo que cuando un pobre tiene piedad de otro más pobre que él, mi Padre vela por su morada y quiere que él prospere; esa mujer ha hecho bien en partir sin vacilaciones.

Y diciendo esto, el Señor se sentó sobre el viejo banco de madera, delante de la pobre cabaña; con sus manos divinas durante unos momentos hiló la rueca y mecía al pequeño.

Después se levantó.

y haciendo una seña a Pedro, continuó de nuevo su camino...

Y cuando volvió a su casa la viuda, a quien Dios daba esta prueba de bondad, se encontró, sin adivinar jamás quién fué el autor de tan caritativa acción, la rueca hilada y el niño estaba dormido.

Teche Pérez-Serrano

de su choza, para hilar una rueca de lino, mientras acunaba a su pequeño. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y su voz temblaba mientras cantaba al niño para dormirle.

Detrás de unas tupidas higueras, el Maestro y su discípulo contemplaban la escena, sin ser vistos, cuando vieron por el camino avanzar lentamente la figura de un viejo mendigo que llevaba una cántara sobre la cabeza.

Al pasar por delante de la cabaña, dijo a la mujer que hilaba:

—Mujer, tengo que llevar esta cántara de leche a casa de un hombre que vive en la aldea próxima, pero ya ves lo debilitado que estoy por los años y por las penas. La casa está todavía muy lejos y sé que sin ayuda nunca podré llevar a cabo este trabajo, por el que iba a recibir algunos denarios.

La viuda se levantó sin decir una palabra, dejó sin titubear la rueca de lino y

Ayuntamiento de Madrid



TEODORO VEGADO



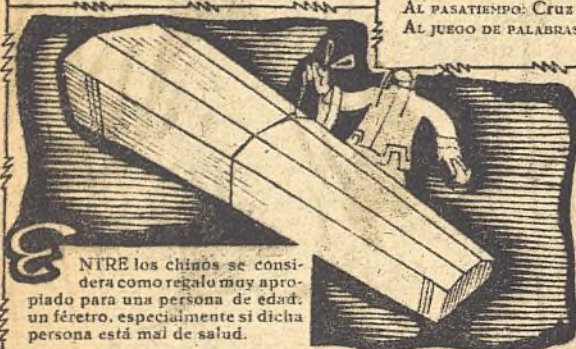
Mesa REVUELTA

JUEGO DE PALABRAS Por CASAS

♦♦♦♦ Tela de mucha duración.

♦♦♦♦ Ris de León, Valladolid y Zamora.

El todo, medicamento que se supone cura varias enfermedades.

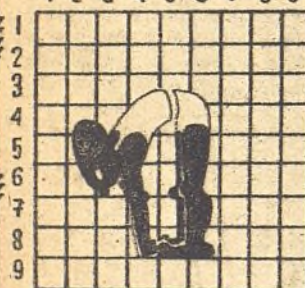


ENTRE los chinos se considera como regalo muy apropiado para una persona de edad un féretro, especialmente si dicha persona está mal de salud.



SEGUN el profesor Tyndall, la luz corre con una velocidad de 344 472 kilómetros por segundo. Un tren que anduviese a razón de 6 kilómetros por hora sin detenerse un momento, tardaría 239 días en recorrer igual distancia.

1 2 3 4 5 6 7 8 9



CRUCIGRAMA por M. A.

Horizontales: 1. Diversidad de colores. 2. Aparato que funciona por medio de la electricidad. 3. Embrollo. Verdura. 4. Vocal. Clase de indio. 5. Consonante. Letras de mono. 6. Vocal. Letra. 7. Acudiré. Entregar. 8. Regalar. Al revés, amarre. 9. Qué tienen espuma.

Verticales: 1. Materia hecha de cauchú para las fotos. Percibí con el olfato. 2. A nivel del suelo. 3. Del verbo leer. Al revés, preposición inseparable. 4. Iniciales de Ocativo Cardona. Vocal. 5. Iniciales de Ricardo Torres. Consonante. 6. Dirigirse a un lugar. Vocal. 7. Nombre de varón. 8. Almacén de comestibles donde compran los socios de la empresa. 9. Terreno expuesto sin resguardo a los rayos solares.

EN Calcuta hay 199 templos indios, 117 mezquitas mahometanas y 31 iglesias cristianas.

SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

AL CRUCIGRAMA, horizontales: 1. Faroleros. 2. Eñe. Roca. 3. Lag. Sam. 4. Ida. Asi. 5. Cid. N. 6. tra. Ca. 7. A. Ar. 8. N. El 9. Adivinado. Verticales: 1. Feliciñana. 2. Añadir. D. 3. Regada. I. 4. O. V. 5. L. I. 6. Er. N. 7. Rosa. A. 8. Ocas Caed. 9. Seminario.

AL LOGOGRIFO: Carmelita.

AL ROMBO: & F. Res. Feliz. Sil. Z.

A LA TARJETA: Arquillos.

AL JEROGLIFICO: En las carreras pedestres.

AL TRIANGULO: Submarino. Maceta. Rita. No.

AL ROMPECABEZAS: Quien mucho duerme poco aprende.

AL PASATIEMPO: Cruz López.

AL JUEGO DE PALABRAS: Orpesa.

ROMBO

0
0 0 0
0 0 0 0
0 0 0
0

Cambiad los ceros por letras y leeréis: 1. Consonante. 2. A nivel de la tierra. 3. Palpitar. 4. Preposición. 5. Consonante.

A.



URANTE el siglo XIX, los turcos han estado en guerra 38 años; España 31; Francia 27; Rusia 24; Italia 23; Inglaterra 21; Austria 17; Holanda 14 y Alemania 13.



EL café y el té deben guardarse en tarros de cristal y no en botes de latón. El cristal los conserva y mejora mucho.



AS hormigas tienen el cerebro más grande en proporción de su tamaño y cuerpo, que cualquier otro ser viviente.

TRIANGULO

000 00 00 000
00 000 00
00 00
000

Cambiad los grupos de ceros por sílabas y leeréis: 1. Castigo que sufren las almas. 2. Natural de Galicia. 3. Prenda de vestir de religiosa. 4. Agua que corre.

A.



Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas de forma que resulte el nombre de un famoso baritono.



EL período más largo de encarcamiento a que se ha condenado a un hombre se registra en José Galindo, que en 1883 fué condenado en Palencia, como incurso en 217 procesos de falsificación de documentos públicos y traición, a la pena de 3.038 años. O sea 14 años por cada proceso.

ROMPECABEZAS

Va, Na, La, Dra, Ca, Que.
Nun, Ra, Na, Y, No, Me, Hi,
La, De, A.
Refrán popular.

A.

PASATIEMPO



¿Dónde vas?

JEROGLIFICO

Nota Nota 5 atoN
Ta eiou

¿Qué lees?

A.

TARJETA

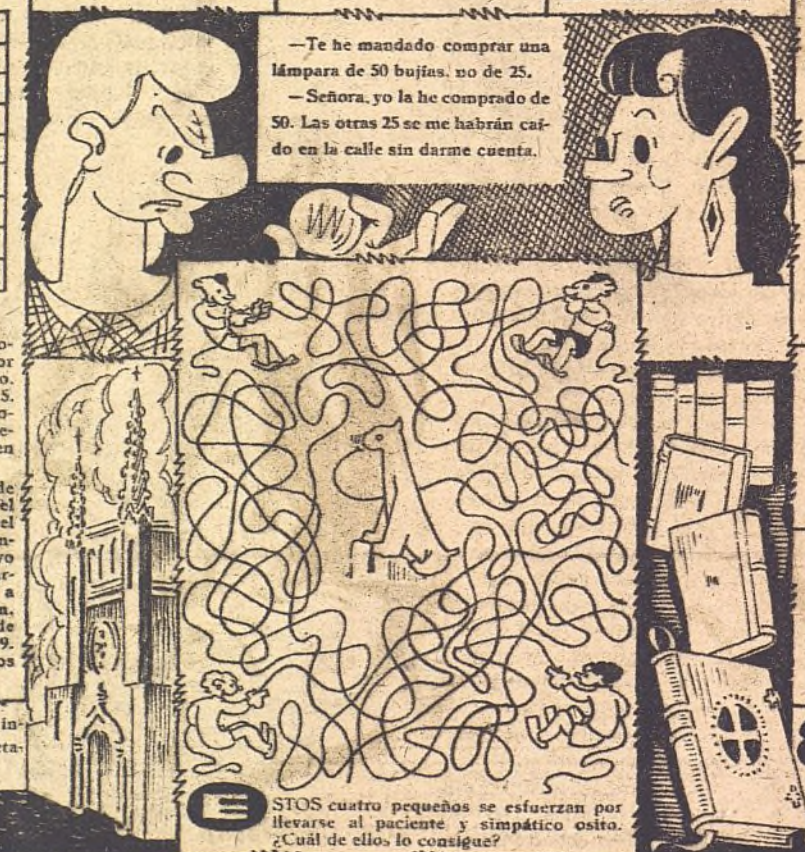
Angel Comelzude
Avila.

Pueblo de Valladolid.

A.

ENTRE los muchos y valiosos devocionarios que se conservan en las colecciones destaca este magnífico y lujoso ejemplar. Pertenece en un principio al rey Ludwig de Bavaria y su precio está tasado en 1.860 libras esterlinas.

CARMELO



—Te he mandado comprar una lámpara de 50 bujías. no de 25.

—Señora, yo la he comprado de 50. Las otras 25 se me habrán caído en la calle sin darme cuenta.

ESTOS cuatro pequeños se esfuerzan por llevarse al paciente y simpático osito. ¿Cuál de ellos lo consigue?

COLABORACIÓN de NUESTROS LECTORES

EL SUEÑO DE LUISÍN

En un pueblecito de las afueras de Sevilla, vivía una rica y honrada familia que tenía dos hijos, un niño llamado Luisín y la niña Luesita; pero esta familia vivía en continuo disgusto y era porque Luisín era un niño muy malo y mal educado. Inesita no se parecía nada a su hermano, pues ella era buena y dócil. Algunas mañanas Luisín decía que le dolía mucho la cabeza y con ese pretexto no iba al colegio. Una mañana que ocurrió esto, Luisín pidió a su hermana el libro que le estaba leyendo, pero su hermana le dijo que si tenía dolor de cabeza no podía leer. Entonces él le pidió sus serpentinillas, pues quería hacer torres. Estaba jugando, cuando una serpentinilla empezó a ascender hasta llegar al techo, don'te pasó dejando un agujero muy grande, por el cual Luisín pudo ver todo lo que ocurría arriba. La serpentinilla quedó suspendida en el cielo. Luisín estaba muerto de miedo, pero aún tuvo más cuando vio asomarse a un señor, que no era otro que Dios. ¡Qué guapo era! Tenía en una mano la serpentinilla de Luisín, que cuando hizo un signo en el aire se convirtió en una cuerda, que pasó rozando los pies de su linda camita.

—¡Agárrate a ella!—dijo con voz potente el Señor. Luisín obedeció, temblando se agarró y la cuerda empezó a descender. De pronto ¡pum! se cayó, miró a su alrededor y vio una mesa donde estaban sentados cuatro diablitos. ¡Huy, qué susto! Los diablitos se abalanzaron sobre él, moviendo los pies a compás, como si se tratase de una comedia. Luisín huyó aterrado y tanto corrió que no vio un bosque que se abría a sus pies y ¡pum, pum, pum! se cayó dentro y sintió que unas manos chiquititas le cogieron al mismo tiempo que una voz muy dulce, que no era otra que la de su hermanita, le decía:

—Pero hijo, por Dios, ¡si te has caído de la cama! Luisín no quería dar crédito a sus ojos: todo había sido un sueño, pero un sueño que había convertido su corazoncito de piedra. Desde aquel día Luisín fue muy bueno. Eso es lo que aseguro yo, y quien no lo crea que vaya a verlo.

Y colorín-colorado, este cuento se ha acabado.
Madrid. **Mércita de Ascanio**
10 años.

ADIVINANZAS

Ave tengo por nombre,
llana es mi condición,
si no aciertas quién soy
eres más borricón que yo.

AVELLANA.

Blanca por dentro,
verde por fuera,
si quieres que te lo diga
espera.

PERA.

Me tienes en la cabeza,
me tienes en los pies,
adivina, adivina, quién será.

LA C.

Madrid.

Mari-Sol Cañellas
10 años.



Nadal Víctor Paic
10 años.—Lérida.

José Ruiz Crespo
10 años.—Valdepeñas

Dionisio Murua
10 años.—Eibar.

Joaquín Villalba
12 años.—Monreal.

M.ª Carmen Berdún
12 años.—Almudévar.

Conchita Abadía
10 años.—Almudévar.

Alejandro Mena
13 a.—Dos Molinos.



Jesús Gallego
10 años.—Lugo.



Juan Manuel Arza
9 años.—Estella.



Antonio González
12 años.—Haro.



Carmen de Cabo
12 años.—Villalón.



José Luis García
5 años.—Madrid.



Sagrario Alegre
5 años.—Ochagavía.



José Acevedo
11 años.—Boal.



Luis Serrano
11 años.



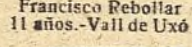
Juan Sella
14 años.



Lucina Segovia
11 años.—Calera.



Melitón Rubio
Siles (Jaén).



Francisco Reboilar
11 años.—Vall de Uxó



Lucila Ortiz
13 años.—Barajas.



Joaquín Jiménez
12 años.—Madrid.



José Cimas
11 años.—Laredo.



Amador Díaz Núñez
10 años.—Sarría



Paquito Marqués
7 años.—Meiella.



José María Roca
10 años.

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

Un paleta llega a Madrid y pregunta a un señor.
Paleta.—¿Cuál es la calle de enfrente?
Señor.—Aquella.
Paleta.—(Cruzando, preguntando a otro señor).
¿Es esta la acera de enfrente?
Señor.—No.
Paleta.—¿Cuál es?
Señor.—Aquella.
Paleta.—¡Caramba; si allí me han dicho que

SOLUCIONES A LOS JEROGLÍFICOS DE LA PORTADA

A MIL CA BARCA (Amilcar Barca).

LOS CUATRO JINETES DEL APO-EUCALIPTUS (Los cuatro jinetes de la Apocalipsis).

Ayuntamiento de Madrid



HECHOS y HAZAÑAS de DOS FLECHAS

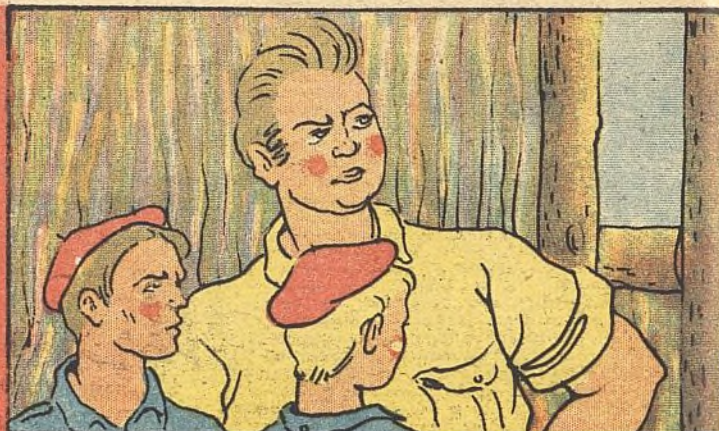
TEXTO ORIGINAL DE VALLE



—¿Qué dirá papá cuando se entere de esto?—preguntó Alberto, con cara muy compungida.

—¡Cállate, niño! No me falta más que me nombres a tu padre.

Pronto a la angustia del encierro se unió el calor asfixiante que en la choza se dejaba sentir. El fuego de los rayos solares traspasaba el débil techo comunicando al interior una temperatura mucho más elevada que la que habían soportado en su propio departamento. Las estrechas ventanitas eran insuficientes para lanzar al exterior el denso vaho de carne negra de que estaban impregnados todos los objetos.



—¡Esto es asfixiante!—se quejó Paquito. La sed me devora.

—Pues aguanta, hijo—refunfuñó Chambón. La sed es horrible, pero tal vez sea peor lo que nos preparen estos salvajes.

Chambón se sentó sobre el montón de hierba que hacía las veces de lecho y rasgando el baldón de su camisa hizo un improvisado vendaje. Valiéndose del cuchillo de monte, pulió un par de ramitas que halló entre la hierba y con su peculiar calma y paciencia curó el papagayo y le vendó sólidamente el ala rota.

—¡Por lo menos sálvate tú de esta encerrona!—murmuró mientras dejaba al heri-



do en un rincón acondicionado sobre la hierba.

Acto seguido se quedó desnudo de medio cuerpo arriba y se echó en el camastro.

—¡Si pudiéramos escaparnos!—decía Paquito apretando los puños.

—Eso no hay que pensarlo hasta la noche—replicó Chambón—contando con que nos dejen tiempo para ello. Lo mejor que podéis hacer es echaros y descansar.

Los pequeños.

no parecían dispuestos a obedecerle.

Su atención estaba fija sobre los dos negros que guardaban la puerta de la choza.

La sed secaba sus gargantas y apenas podían tragar la escasa saliva que intentaban en su boca.

Alberto incapaz de aguantar por más tiempo aquel tormento empezó a chillar:

—¡Agua! ¡Quiero agua!...

—¡Cállate!—masculló Chambón que sufría también del mis-



mo mal. Cuanto más grites será peor. Cierra la boca y no digas palabra. Pero el pequeño no quería atender a razones y siguió gritando.

Con sigilo se abrió la puerta y apareció la cabeza horrible de uno de los vigilantes que atraído por las voces de Alberto curiosamente lo que pasaba en la choza.



En cuanto el pequeño le vio corrió hacia él y agarrándose a una de sus enormes piernas exclamó:

—¡Agua! ¡Dame agua!...

Por toda contestación, el salvaje le dio un manotazo que le hizo rodar hasta el montón de paja, y cerró otra vez la puerta.

(Continuad)